

Y vio Dios lo que hicieron, que se convirtieron de su mal camino; y se arrepintió del mal que había dicho que les haría, y no lo hizo. Pero Jonás se apesadumbró en extremo, y se enojó. Y oró a Jehová y dijo: Ahora, oh Jehová, ¿no es esto lo que yo decía estando aún en mi tierra? Por eso me apresuré a huir a Tarsis; porque sabía yo que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de grande misericordia, y que te arrepientes del mal. (Jonás 3:10 - 4:1-2)

Muy a menudo, cuando se cita a Jonás en las predicaciones actuales es para asociarlo relevantemente con la desobediencia; pero ni aún Jesús al hablar de él lo coloca en tan degradada posición, más bien lo pone como señal a los receptores de su predicación (los ninivitas) (Mt 16:4; Lc 11:30) así como Él lo sería para esta generación, es decir, a todos los receptores de su predicación desde su aparición hasta el último día de la historia humana; además de ponerlo como prefigura del tiempo que Él iba a estar en la tumba (Mt 12:40); es sin duda, un gran honor conferido por Dios a Jonás haberle puesto como prefigura de señal y de la sepultura de Jesús de Nazareth, cientos de años antes de Su venida en carne.

Pero más bien, si somos cuidadosos al examinar esta breve historia encontraremos que el propósito sustancial de ella es el de hacer notar el contraste entre la inentendible misericordia de Dios, y el deseo de venganza, que con suma facilidad se adueña del corazón del hombre.

La verdad es que la historia de Jonás quedó escrita para que visualicemos lo vulnerable que somos ante el daño que otros nos causan y por ello seamos impulsados a pagar con la misma moneda; por otro lado, de manera superficial cualquiera podría decir: Si le sucedió a Jonás, qué nos pasaría a nosotros; pensemos más bien que con toda seguridad Dios querrá que miremos a este profeta con ojos de misericordia, y exaltemos más su perfil de hombre de fe, que lo que parece ser su notable falta, para lo cual sin duda hay una explicación.

Si queremos hacer justicia a este hombre, sólo veamos algo de su perfil; hombre consciente de su identidad, de su temor a Dios, y de Su grandeza (Jon 1:9); hombre que evidencia conocer a Dios al declarar cómo actuaría ante su determinación de pedir ser arrojado al mar (Jon 1:12); hombre que con su testimonio propicia que los incrédulos reconocieran a Dios y le rindiera culto (Jon 1:15-16); hombre que al dirigirse a Dios lo hace bajo la sombra de su palabra (Jon 2:1-9; Sal 42:7; Sal 18:6; Sal 86:13); hombre que en su fe de niño pretende esconderse de Dios (Jon 1:3); hombre que no oculta su enojo personal y deseo de mal a una nación que le había hecho atrocidades a su pueblo (2 Rey 8:11-12; Sal 83:4-8). En este punto en particular, podemos notar tanto resentimiento en el corazón de Jonás que, en su predicación a los ninivitas no les llamaba al arrepentimiento, sólo pregonaba: *De aquí a cuarenta días Nínive será destruida*. Lo admirable es con cuánto amor y paciencia Dios lo trata al estar sumido en su amargo estado emocional, no obstante que él ya había derramado su corazón delante de Dios estando dentro del gran pez, con tan profunda oración llena de fe que describe en términos espirituales su realidad y la del fiel carácter de Dios, que lo libera de tan extraño encierro y vuelve a poner sus pies sobre la tierra para repetirle su llamado; aún después de todo esto, y al término de su tarea, él vuelve a llenarse de pesadumbre y enojo, porque a todas vistas su corazón sabía del arrepentimiento de Dios respecto a esta malvada nación, y se lo dice a Dios mismo enalteciendo Su grande misericordia, y como si Dios no lo supiera le explica que por esto huyó a toda prisa; la pregunta en este punto es, ¿Por qué tanto coraje? Si nos asomamos un poco a la historia de los asirios tendremos la explicación, tan crueles, perversos, y sanguinarios eran estos hombres, que el mismo profeta Eliseo al ver en visión lo que ellos harían a su nación, derrama lágrimas de dolor (2 Rey 8:11-12 Sal 83:4-8) frente al que sería el autor de tan grande mal. Así que parecía que para Jonás era imposible desprenderse de tanto enojo y deseo de venganza, al punto que teniendo algo de esperanza de que Dios cambiara a causa de su enojo, se fue a acampar para ver desde allí lo que le sucedería a la ciudad. Es aquí que de una manera tan sencilla Dios le enseña, que si dentro de él había lástima para una calabacera que en el transcurso de una noche creció, y en transcurso de otra se secó, y que no le había costado cultivarla, cómo no la podía tener para ciento veinte mil personas de los ninivitas que no sabían discernir entre su mano derecha y su mano izquierda. La historia termina abruptamente, como si hubiera quedado inconclusa, pero con toda seguridad es así para que seamos nosotros los que sin más palabras entendamos que por más daño que nos hayan hecho, no podemos constituirnos en jueces, lo cual queda claro al decir Dios: *Mía es la venganza* (Dt 32:35 Rom 12:19); venganza que se consumó sobre Nínive tiempo más tarde, anunciada por Nahúm y Sofonías (Nah 3:7; Sof 2:13).

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava